

JOHN CONNOLLY
EL INVIERNO DEL LOBO

Traducción de Carlos Milla Soler

Título original: *The Wolf in Winter*

1.ª edición: mayo de 2015

© Bad Dog Books Limited, 2014

Los fragmentos de *Meditations with the Navajo* (Bear & Company/Inner Traditions, 2001) se reproducen por gentileza de Gerald Hausman

© de la traducción: Carlos Milla Soler, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-104-8

Depósito legal: B. 7.722-2015

Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.

Impreso por Cayfosa (Impresia Ibérica)

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte: La cacería	11
Segunda parte: La trampa	153
Tercera parte: La matanza	237
Cuarta parte: El regreso	419
Agradecimientos	425

La casa era intencionadamente anónima: ni demasiado grande ni demasiado pequeña, ni muy bien conservada ni deteriorada en modo alguno. Ocupaba una reducida parcela próxima a los alrededores de Newark, en el condado de New Castle, zona densamente poblada del estado de Delaware. La ciudad había sufrido un duro golpe cuando en 2008 cerró la planta de montaje de Chrysler junto con Mopar, el cercano centro de distribución de piezas. Así y todo, albergaba aún la Universidad de Delaware, y veinte mil estudiantes pueden gastar mucho dinero si se lo proponen.

No era de extrañar que el hombre a quien pretendíamos dar caza hubiese elegido Newark. Estaba cerca de las líneas divisorias de tres estados —Pensilvania, Nueva Jersey y Maryland—, y a sólo dos horas de la ciudad de Nueva York en coche. Aunque, claro está, sólo era una más de las numerosas guaridas que se había procurado, adquiridas en el transcurso de los años por el abogado que lo protegía. El único rasgo distintivo de esta casa residía en el nivel de consumo energético: las facturas de los suministros eran más altas que las de otros inmuebles que habíamos descubierto. Daba la impresión de que éste se utilizaba con regularidad. No se trataba de un mero almacén para las piezas de su colección. Venía a ser una base de operaciones.

Ese hombre se hacía llamar Kushiel, pero nosotros lo conocíamos por el sobrenombre de «el Coleccionista». Había matado a un amigo nuestro, Jackie Garner, a finales del año anterior. El Coleccionista, conforme a su versión de la justicia, diría que se había limitado a aplicar la ley del talión, pues en verdad Jackie

cometió un craso error y, como consecuencia del cual, murió una mujer cercana al Coleccionista. En venganza, éste, sin la menor compasión, abatió de un tiro a Jackie, que estaba desarmado y de rodillas, y además dejó claro que ahora nos hallábamos todos bajo la mira de su arma. Posiblemente intentábamos dar caza al Coleccionista por lo que le había hecho a uno de los nuestros, pero también porque sabíamos que, tarde o temprano, él decidiría que quizá bajo dos metros de tierra representaríamos una amenaza menor para él. Así que nuestro propósito era acorralarlo y matarlo mucho antes de eso.

Se veía luz en una habitación de la casa. Las otras estaban a oscuras. Había un coche en el camino de acceso, y su llegada nos había alertado sobre la posibilidad de que el Coleccionista estuviese allí. Habíamos instalado entre la maleza, más o menos hacia la mitad del camino, un sistema inalámbrico de alarma dual con sensores infrarrojos. Disponía de un temporizador que nos enviaba una señal de aviso a los teléfonos móviles sólo si los dos sensores, después de activarse una primera vez, no volvían a detectar movimiento en el plazo de diez minutos. En otras palabras, tenía en cuenta la posible visita de repartidores, pero si un vehículo entraba en la finca y permanecía allí cierto tiempo, la alarma se disparaba.

Naturalmente, eso suponía que el Coleccionista no llegaría a pie ni en taxi, pero imaginábamos que un hombre con tantos enemigos no dejaría al azar sus opciones de fuga, y al menos tendría a mano un vehículo en buenas condiciones. A la derecha de la casa había un garaje sin ventanas, pero cuando descubrimos la propiedad por primera vez no nos arriesgamos a entrar en él. Incluso la colocación de los transmisores infrarrojos inalámbricos fue un riesgo calculado, y lo asumimos sólo después de hacer una batida en el jardín y comprobar que no existía ningún sistema de alarma similar aparte de las medidas de seguridad de la propia casa.

—¿Qué os parece? —preguntó Louis.

Su piel negra reflejaba un poco la luz de la luna, y eso le confería, aún más que de costumbre, cierto aire de criatura nocturna. Vestía un pantalón de algodón oscuro ceñido a los tobillos

y una cazadora Belstaff de algodón impermeabilizada en la que se habían sustituido todas las hebillas y botones por equivalentes antirreflectantes. Ofrecía un aspecto elegante, pero, en verdad, él siempre ofrecía un aspecto elegante.

—Se me están agarrotando las piernas, o eso me parece —dijo Angel—. Si no nos movemos ya, tendréis que llevarme ahí dentro en palanquín.

Para Angel, la elegancia no era motivo de preocupación. Usaba ropa funcional, no de marca. Sencillamente lo prefería así. Su cabello canoso quedaba oculto bajo un gorro negro. Con la cabeza descubierta, aparentaba su edad. Era mayor que Louis y que yo, y últimamente se había vuelto más callado y más cauto. La mortalidad se cernía sobre él como un halcón batiendo las alas encima de una presa agonizante.

Estábamos acucillados en la hierba a un lado del camino, Angel a mi izquierda, Louis a mi derecha, provistos los tres de sendas Glocks de 9 mm con silenciador y munición subsónica. Con esa clase de balas perdíamos algo de velocidad, pero si encontrábamos al Coleccionista actuaríamos a corta distancia. Había viviendas al este y al oeste de la casa, y era una zona tranquila. Nuestra intención era evitar un ruidoso tiroteo a lo O.K. Corral para que las fuerzas del orden locales no se nos echaran encima. Los tres llevábamos además máscaras antigás de fabricación rusa con cristal antivaho. Nos habían costado menos que las botas de Louis, pero aún no nos habían fallado nunca.

—Vosotros dos id por detrás —dije—. Yo cubriré la parte delantera.

Louis se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y extrajo una granada de gas lacrimógeno. Angel tenía otra, y yo dos más.

—Procura que no te peguen un tiro antes de lanzarlas —me recomendó Angel.

—Procuraré que no me peguen un tiro tampoco después —repuse.

No era una situación ideal. Íbamos a tener que romper cristales para arrojar las granadas al interior de la casa, y confiar en que no nos dispararan al hacerlo. Si el Coleccionista se veía acorralado y optaba por jugársela dentro de la casa, Angel y Louis se

verían obligados a entrar y llegar hasta él, u obligarlo a salir hacia donde yo esperaba. Quizás unos lanzagranadas habrían sido más eficaces, pero el típico lanzagranadas solía atraer no poca atención en las zonas residenciales, y no era fácil de esconder bajo una cazadora, ni siquiera bajo una tan cara como la de Louis. Quizá la otra opción habría sido echar las puertas abajo y entrar a tiro limpio, pero corríamos el peligro de quedar como tontos —y como muertos— si las puertas estaban blindadas o había conectada una bomba trampa. El Coleccionista era muy dado a proteger su salud.

Se trataba de la tercera guarida del Coleccionista en la que irrumpíamos, y a esas alturas empezábamos a ser consumados expertos. Nos movimos deprisa y asaltamos ambos lados de la casa simultáneamente, los cristales de tres ventanas se hicieron añicos como si fueran una sola. Las granadas emanaban una combinación de spray mostaza y gas lacrimógeno de uso militar, que podía propagarse por un volumen de más de quinientos metros cúbicos en menos de un minuto. Quienquiera que se hallase en esas habitaciones cuando estallaran las granadas no tardaría en salir.

Antes de que entrara la primera granada yo ya estaba tenso, pero el grado de tensión se duplicó mientras me preparaba para lanzar la segunda. Si se producía un tiroteo, sería en ese momento. Sin embargo, no hubo reacción alguna en el interior de la casa. Al cabo de un minuto oí más ruido de cristales rotos. Angel y Louis entraban por una ventana, no por la puerta. Era un riesgo calculado: quedar al descubierto en el momento de encaramarse al marco reventado, o probar a acceder por la puerta con la esperanza de que no estuviera conectada a algo. Se habían decantado por la primera opción. Me aparté de la fachada de la casa para ponerme a cubierto detrás del coche en el camino de acceso. Era un sedán Chevrolet de tamaño medio, como el que podría tener un contable. Por dentro estaba immaculado, sin nada en los asientos.

No ocurrió nada. No hubo gritos ni detonaciones. Oí portazos dentro de la casa, pero sólo eso. Transcurridos tres minutos sonó mi teléfono móvil. Era Louis. Respiraba con dificultad. Oí toser a Angel detrás de él.

—Se ha ido —informó Louis.

Esperamos a que se disipara el gas antes de volver a entrar. La casa estaba mejor acondicionada que las otras que habíamos visto. Había libros en las estanterías —biografías de políticos y tratados de historia moderna en su mayor parte— y se advertía cierto esfuerzo decorativo en las habitaciones. Alfombras baratas pero de buen gusto cubrían parcialmente el entarimado del suelo, y de algunas de las paredes colgaban reproducciones de cuadros abstractos. Los armarios de la cocina se usaban para almacenar latas de comida, arroz, pasta, un par de tarros de café instantáneo y una botella de coñac Martell XO. Se oía el zumbido de una pequeña nevera portátil, que contenía tabletas de chocolate, leche fresca y seis latas de un refresco *light*. En el salón había un televisor conectado a un DVD, pero no disponía de conexión por cable. Junto al único sillón descansaba en el suelo un ejemplar del *Washington Post* de ese día y, al lado, una taza de café todavía caliente. Debía de habérsenos escapado por cuestión de minutos, de segundos.

Un objeto suspendido de la lámpara de lectura que se alzaba junto al sillón captó mi atención. Era un collar con una garra de oso. El Coleccionista se lo había llevado de la furgoneta de Jackie antes o después de matarlo. En otro tiempo pendía del retrovisor de Jackie. Era su talismán, pero a él se le había acabado la suerte. Al final, a todos se nos acaba la suerte.

El Coleccionista siempre conservaba recuerdos de sus asesinatos. Y ése no lo había abandonado allí sin razón. Era un mensaje para nosotros: una provocación, o quizás un gesto indemnizatorio, según se quisiera interpretar.

Me acerqué con cuidado a la ventana y me arriesgué a echar un vistazo al pequeño jardín trasero. La parte de atrás de otras dos casas daba a ese espacio, y vi a lo lejos las luces de Newark. Percibí la presencia del Coleccionista allí fuera. Nos observaba. Sabía que no iríamos a pie tras él en territorio desconocido, y de noche. Esperaba a ver cuál era nuestro siguiente paso.

—Hemos encontrado más baratijas —oí decir a Angel.

Se reunió conmigo junto a la ventana, manteniéndose de espaldas a la pared. Ni siquiera a oscuras quería ofrecerse como

blanco. En su mano enguantada sostenía una pulsera con dijes de oro, una fotografía de una joven en un recargado marco de plata y un zapatito de bebé forjado en bronce, recuerdos de vidas arrebatadas.

—¿Cómo se las ha arreglado para salir? —pregunté.

—¿Por la puerta de atrás?

—Sigue cerrada por dentro —contesté—. La puerta de la calle también lo estaba. Y habéis tenido que romper una ventana para entrar. Sólo se abren por arriba, y por el hueco apenas cabría un niño.

—Aquí —dijo Louis desde el dormitorio principal.

Fuimos allí. Al igual que todas las demás habitaciones de la casa, tenía el techo bajo. En la pared, junto a la ventana principal, se había practicado una abertura para instalar una unidad de aire acondicionado, pero no la ocupaba ningún aparato sino que parecía tapiada. Debajo había una silla. Louis se encaramó a ella y tanteó la tabla. Basculaba por medio de unas bisagras en la parte de arriba y, al empujar, se abría como una gatera. Era un hueco en apariencia reducido, pero Louis levantó el marco circundante y, de pronto, el hueco se reveló con cabida suficiente para un hombre de tamaño medio.

—Seguro que la tabla al otro lado también tiene bisagras —aventuró Louis—. Ha salido a rastras de aquí como la sabandija que es.

Se bajó de la silla. Hacía una noche despejada. Ninguna nube ocultaba la luna.

—Está ahí fuera, ¿no? —dijo.

—Probablemente.

—No puede seguir así. Al final se cansará de huir.

—Es posible. Vete a saber cuántas trampillas tendrá como ésta. Pero en algún lugar hay una más importante que las otras, más incluso que ésta. Ahí es donde tiene escondido al abogado.

El abogado, Eldritch, ponía al Coleccionista en la pista de aquellos que, a su modo de ver, habían perdido el derecho a la vida, quizás, incluso, el derecho a la inmortalidad del alma. Él presentaba la acusación, y el Coleccionista se ocupaba del casti-

go. Pero Eldritch resultó herido en el mismo incidente que costó la vida a la mujer e impulsó al Coleccionista a echarse sobre Jackie; el Coleccionista se preocupó de hacer desaparecer al viejo abogado. ¿Quién sabía? Incluso cabía la posibilidad de que Eldritch hubiera muerto. En tal caso el Coleccionista estaría totalmente desbocado. Eldritch, como mínimo, mantenía a su perro de caza más o menos bajo control.

—¿Seguiremos buscando su refugio? —preguntó Louis.

—Mató a Jackie.

—Quizá Jackie se lo buscó.

—Si eso es lo que piensas, todos nosotros nos lo hemos buscado.

—Quizá sí.

Angel se acercó a nosotros.

—¿Por qué no ha contraatacado? ¿Por qué no ha intentado eliminarnos?

Yo creía conocer la respuesta.

—Porque piensa que, al matar a Jackie, transgredió su propio código. No le correspondía a él quitarle la vida a Jackie, fueran cuales fuesen sus errores. En algún lugar de aquello que pasa por ser su conciencia, el Coleccionista sospecha que quizá nos hemos ganado el derecho a ir a por él. Como ha dicho Louis, quizá todos nos lo hemos buscado.

»Y, por otro lado, al igual que nosotros, el Coleccionista es sólo un peón en un juego mayor. Quizá conozca las normas mejor que nosotros, pero ignora en qué punto se encuentra la partida, o si algún participante está cerca de ganar o perder. Teme matarnos por si eso decanta la balanza contra él; en todo caso, a saber cuánto se prolongará esta situación.

—¿Y qué nos pasará a nosotros? —preguntó Angel—. Si lo matamos, ¿habrá repercusiones?

—La diferencia es que nos da igual —contesté.

—Ah —dijo Angel—. Debo de haberme perdido ese memorando.

—Básicamente decía: «Que se jodan si no están de nuestro lado» —explicó Louis.

—Sí, me lo perdí; de haberlo visto, me acordaría —comen-

tó Angel—. ¿Seguiremos, pues, dándole caza hasta que lo acorralemos, o hasta que se le acabe la cuerda y se rinda?

—Le daremos caza hasta que se canse, o hasta que nos cansemos nosotros —respondí—. Y luego ya veremos. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Últimamente no. Nunca, para serte sincero. ¿Y ahora qué? Volví a mirar hacia la oscuridad exterior.

—Por si está ahí fuera, ofrezcámosle algo para ver.

Mientras Angel iba a por nuestro coche, Louis y yo forzamos el Chevrolet y lo empujamos contra la puerta de la casa. Yo olía ya el gas de los quemadores de la cocina mientras Louis rociaba el interior del Chevrolet con el coñac del Coleccionista. Reservó más o menos una tercera parte de la botella, insertó un paño de cocina en el cuello de ésta y la agitó para empapar la tela. Después de cerciorarse de que no había nadie en la calle, Angel hizo una señal a Louis con los faros, y Louis prendió el paño, lanzó la botella al interior del coche y echó a correr.

El Chevrolet ardía ya cuando nos alejamos, pero las dos explosiones —primero la del coche, luego la de la propia casa— se produjeron antes de lo previsto y casi simultáneamente, pillándonos por sorpresa. No nos detuvimos a contemplar la bola de fuego que se elevó por encima de los árboles. Nos limitamos a seguir adelante, en dirección a Maryland por Telegraph Road. Llegamos al cruce con la interestatal 213 y desde allí fuimos al norte hacia Pensilvania. En Landenberg entregamos el coche a una mujer, tomamos posesión de nuestros propios vehículos y nos separamos sin mediar más palabra; Louis y Angel se encaminaron hacia Filadelfia y yo puse rumbo al norte, hacia la autopista.

En los alrededores de Newark, un hombre con un abrigo oscuro observó cómo pasaban los coches de bomberos. Tenía la manga del abrigo rota y arrastraba un poco la pierna derecha. Las luces de los coches de bomberos iluminaron brevemente su

rostro enjuto, su pelo oscuro y lustroso, peinado hacia atrás, y el hilillo de sangre que descendía por su cuero cabelludo. Esta vez había escapado por poco, por muy poco...

El Coleccionista encendió un cigarrillo y dio una profunda calada mientras su casa ardía.